

Miriam se enfrenta al fin, por primera vez en su vida, a la página en blanco.

Siempre había querido ser escritora.

Trabajaba en una revista femenina desde hacía muchos años.

¿Cuántos?

Había perdido ya la cuenta.

A los veinticinco había conseguido aquel trabajo en el que había pasado los dos primeros años con un contrato de prácticas y media jornada, cuando en realidad permanecía allí encerrada más de diez horas al día.

Al principio le pagaban una miseria, pero no le importaba porque lo único que quería era trabajar.

Tampoco es que ahora cobrara mucho, pero no se arriesgaría a dejarlo por nada del mundo.

Siempre había sido muy activa, nerviosa, fumaba, se mordía las uñas y no paraba de tocarse el pelo, la cara y la ropa.

La moda era como su religión, aunque después de haber trabajado tanto tiempo para aquella revista comenzaba a odiarla.

Se diría que estaba sufriendo una crisis de fe.

Por un momento pensó en comenzar así su novela, aunque no le parecía razonable criticar lo que llevaba enalteciendo quince años.

Quizás la moda no era el problema, sino su labor, ya que lo único que hacía era ofrecer nombres de marcas y precios, como en un catálogo, para que así las lectoras pudieran saber a donde tenían que dirigirse para conseguir lo que querían.

Sin embargo incluso ella misma, después de saberse de memoria todo lo que había en el mercado, terminaba yendo a donde era más barato porque su sueldo no le permitía otra cosa.

A tener hijos ya había renunciado, y en parte se alegraba, aunque su madre no había perdido la esperanza.

Compartía piso con su hermana y la novia de su hermana.

Menos mal que no se le había ocurrido meterse en una hipoteca cuando vivía con su novio, aunque a punto habían estado.

Después de haber pasado diez años juntos, se habían dejado.

Al principio lo pasó mal, pero ya le daba igual porque los hombres le importaban más bien poco, y se había dado cuenta de que podía vivir perfectamente sin ellos.

En su novela tendría que hablar de relaciones amorosas, pero cómo empezarla.

También podría tratar del amor homosexual.

No es que ella lo conociera personalmente, pero le parecía más realista.

El ejemplo era que su hermana llevaba con su novia casi veinte años.

Le gustaría escribir algo tan impactante como Los monólogos de la vagina.

Sonreía recordando aquella vez que había publicado una entrevista de la autora, que por cierto había llegado ya escrita a la redacción.

En realidad más que redactora jefe podrían llamarme copiadora jefe, meditó.

Al menos descubrí que existía al clítoris.

Antes nunca le había dado importancia al sexo, no en vano me metieron mis padres en un colegio de monjas y mi abuelo era militar.

Volví a sonreír.

Y pensar que después de diez años juntos, cuando lo habíamos dejado, tuve por primera vez un verdadero orgasmo.

Tras varias horas sentada en el ordenador, la página continuaba en blanco.

Entonces se levanta y va a buscar al armario su juguete favorito.

Se desnuda frente al espejo y termina gimiendo de placer como cada noche.